

descansar, que en la prolongación de la guerra no veían más que una satisfacción del odio de los prusianos, un aumento de influencia para los rusos y los ingleses, y tal vez la probabilidad de una derrota para todos, se sentían muy inclinados á una paz que entonces parecía deber ser duradera. Al frente de aquellos militares, el príncipe de Schwartzberg, importunado por la violencia de los prusianos, por la supremacía que afectaban los rusos y por la terquedad de los ingleses, estaba grandemente decidido por la paz, y en el campamento de los coligados nadie osaba contradecirle. Y ¡cosa singular! El célebre general inglés lord Wéllington, el primero que en Europa había logrado hacer frente á todo el poder de Napoleón, y cuya fama acrecentada por la distancia era cada día mayor, parecía titubear á medida que se iba acercando á las formidables fronteras de Francia; y á fe que si de algo se le podía acusar no era de demasiado tímido, pues él era el único que en 1810 y 1811 se había conservado sobre pie de guerra en el continente, expuesto á cada instante á ser arrojado al Océano por los ejércitos franceses. Pues bien: después de la batalla decisiva de Vitoria, dada á nuestras puertas, lord Wéllington no había avanzado ni un paso, y á pesar de las excitaciones de su gobierno, declaraba que era preciso pensarlo seriamente antes de osar lanzarse al ardiente suelo de la Francia. ¡Ah! ¡Aquellos enemigos que tantas veces nos habían conocido mal y que tantas otras debían incurrir aún en el mismo funesto error, nos lisonjaban en aquel momento! No sabían que un largo abuso de nuestras fuerzas las había casi agotado en su fuente, que el hastío de un largo despotismo, que la indignación contra una ambición desapoderada, habían conducido á la Francia á aislarse de su gobierno y á considerar la guerra más bien como hecha á él que á ella misma. Aquella ilusión de nuestros enemigos no debía durar, pero era general, y nos tributaban el homenaje de temblar á la idea de poner el pie en nuestro territorio.

Aquella disposición pacífica que se advertía en los militares con excepción de los prusianos, era menos sensible en los hombres de Estado de la coalición, pero dominaba por entero en uno de ellos, Mr. de Metternich. Esté ministro, profundamente sagaz, que en el año 1813 había demostrado una rara mezcla de habilidad y franqueza, de resolución y prudencia, se resistía á la idea de entregar la fortuna de Austria á nuevos azares, y en este punto, como en otros muchos, estaba plenamente de acuerdo con su soberano. Mr. de Metternich y el emperador Francisco se habían decidido á la guerra, porque la Alemania se la exigía imperiosamente, porque la ocasión de restablecer las cosas de Austria, de salvar la independencia de la Alemania era demasiado hermosa para no aprovecharla; pero conseguido este objeto, no querían, por reconquistar toda entera la antigua grandeza del Austria, correr el azar de perder lo que de ella habían recobrado, y correr también el de acrecentar desmedidamente la preponderancia rusa en Europa, la preponderancia prusiana en Alemania, la preponderancia inglesa en los mares.

El Austria, segura de no tener ya el gran ducado de Varsovia en sus fronteras septentrionales, de recobrar todo lo que se le había arrebatado en Polonia para constituir aquel ducado, de recobrar también la frontera del

Inn, el Tirol, la Iliria, alguna parte del Friul, y de no tener ya que soportar la confederación del Rhin, debía darse y se daba efectivamente por satisfecha. El emperador Francisco, constante en la desgracia, moderado en la prosperidad, era muy de este parecer, y Mr. de Metternich, ministro fiel de su pensamiento, le compartía en un todo. Por lo demás, el casamiento de María Luisa, imaginado únicamente en el interés del imperio, no añadía mucha fuerza á estas excelentes razones. Pero si se pasaba el Rhin, surgía de pronto una cuestión que todavía no se había ocurrido á nadie, salvo á algunos ancianos inconsolables, cuyos lamentos acababan de convertirse en vivas esperanzas, y aquella cuestión era la de la caída de Napoleón. Resistir á su insoportable dominio, contener, si era posible, su excesiva ambición, había sido desde un principio el deseo de todos sus enemigos; derribarle del trono de Francia no se le había pasado á nadie por el pensamiento. Sin embargo, vencer á un hombre cuyos títulos todos estribaban en la victoria; después de haberle vencido en Rusia, en Polonia y en Alemania, vencerle en la misma Francia, era cosa, si se intentaba y se conseguía, que podía muy bien sugerir la idea de atacar á su persona y de quitarle con la espada una corona con la espada adquirida: esta sola idea llenaba de gozo á los prusianos y hacía palpar el apacible y moderado corazón de Federico Guillermo. Por lo que hace á Alejandro, á quien Napoleón había humillado personalmente, no había siquiera soñado con una venganza tan completa; pero como los sucesos se la ofrecían, la aceptaba gustoso y nada deseaba tanto como saborearla por entero. Mas suponiendo logrado aquel objeto, ¿qué se haría del trono de Francia una vez vacante? Cuestión era ésta que nada importaba á los prusianos, atentos sólo á precipitar de su altura al hombre que tanto les había pisoteado, y en que tampoco se ocupaba mucho Alejandro, deseoso de vengarse él también de los desprecios del orgulloso conquistador; pero como el odio no cegaba ni al emperador Francisco ni á su ministro, y sólo les dirigía el interés del Austria, naturalmente les asaltaba la duda de lo que habría de hacerse una vez cruzado el Rhin.

Aunque el emperador Francisco era un buen padre, no tomaba muy en cuenta el enlace de Napoleón con María Luisa: otras consideraciones le ocupaban. Ninguna potencia en el mundo había padecido tanto como el Austria por efecto del espíritu innovador, ni había tenido tantos combates que sostener contra aquel espíritu en los últimos trescientos años. Durante el siglo XVIII se había encontrado con el gran Federico, y había perdido la Silesia; durante la revolución francesa se había encontrado con Napoleón y había perdido los Países Bajos, la Suabia, la Italia, la corona germánica; y aun remontándonos hasta la época de la reforma protestante, la encontramos en tiempo de Carlos V en pugna con Lutero, es decir, con el espíritu innovador. El odio á las revoluciones era, pues, en ella una política tradicional, apenas interrumpida un momento en tiempo de José II, continuada muy en breve por sus sucesores y tan activa como previsora bajo el emperador Francisco y Mr. de Metternich. Preguntábase, pues, uno y otro, con una inquietud de que no participaba ninguno de sus aliados, á quién se cometería el cuidado de gobernar aquella Francia tan terrible que tenía en su mano,

á más de su poderosa espada, la no menos poderosa tea de las revoluciones.

En los Borbones, que les hubieran convenido bajo tantos aspectos, apenas pensaban, porque la Francia y la Europa ni aun se acordaban de ellos, y porque además dudaban de su capacidad. Un soldado de genio, dispuesto á reprimir la revolución de la cual había salido, no por efecto de preocupaciones que seguramente no tenía, sino por su doble amor al orden y al poder, les parecía difícil de reemplazar; y pensando menos en María Luisa que en la revolución francesa, próxima á emprender nuevamente su tremenda carrera, no propendían en lo más mínimo á destronar á Napoleón.

Satisfecho de los resultados obtenidos, temiendo más bien que deseando que el trono de Francia quedase vacante, el emperador Francisco y Mr. de Metternich eran de parecer que se debía, una vez llegados á orillas del Rhin, dirigir á Napoleón nuevos ofrecimientos pacíficos, y, cosa inesperada, la Inglaterra, la enemiga tan obstinada de la familia Bonaparte, se mostraba en aquel momento favorable á las miras del gabinete de Viena. El gabinete inglés, que había proclamado tiempo antes el deseo de restablecer á los Borbones en el trono de Francia, que por ello había sufrido durante veinte años los ataques de la oposición que le acusaba de sostener una guerra ruinosa por un objeto extraño á los intereses de la Inglaterra, parecía temer este cargo, y á fuerza de rechazarlo, había acabado casi por no merecerlo. Lord Alberdeen, su representante cerca de las cortes aliadas, uno de los hombres más rectos y prudentes que han servido jamás á la Inglaterra, había llegado á ser en este punto el apoyo de Mr. de Metternich, y no dudaba en decir que si Napoleón hacía las concesiones necesarias, era preciso tratar con él como con otro cualquiera y considerarle como un soberano perfectamente legítimo.

Llegados á las orillas del Rhin los coligados tenían, pues, que tomar uno ú otro partido sobre aquella gran cuestión, á lo cual les obligaban además ciertos antecedentes. Mr. de Metternich, al día siguiente de la reunión del Austria á las potencias beligerantes, y cuando todavía estaban las tropas en Bohemia, había propuesto y hecho adoptar algunas resoluciones importantes, todas con la mira de poner coto al espíritu de discordia común en las coaliciones. Primeramente, puesto que los soberanos y sus principales ministros estaban reunidos, habíales propuesto que no se separasen hasta que concluyese la guerra; en segundo lugar había pedido y obtenido el nombramiento de un general único, el cual, como ya hemos visto, había sido el príncipe de Schwartzberg; y en tercer lugar había señalado como término de la empresa, no la conquista, sino la restitución á cada uno de lo que había perdido.

Ahora bien: como esta base, para la Prusia y el Austria, que habían experimentado en los últimos veinte años numerosas transformaciones, podía ser muy ambigua, había hecho adoptar por ambas la condición precisa de su situación antes de la guerra de 1805, y además había hecho decidir que se pondrían en depósito, en manos de la coalición, las provincias reconquistadas; en fin, había obtenido que se dividiese la guerra no por campañas ni por años, sino por períodos evaluados según la importancia de los resultados obtenidos.

Así la marcha y la llegada hasta el Rhin debían constituir el primer período; el segundo, si había que emprenderlo, cesaría en la cumbre de los Vosgos y de las Ardenas; el tercero, si absolutamente era forzoso llevar la guerra tan lejos, no terminaría sino en el mismo París. De estas resoluciones tan profundamente concebidas resultaba, sin decirlo, que cumplido cada período, se haría un alto antes de empezar el siguiente para examinar si sería posible hacer la paz.

Así, por todas las razones que hemos expuesto, el Austria, aunque sin tomar la iniciativa de una nueva negociación, quería hacer saber á Napoleón que era llegado el momento de tratar y aconsejarle que fuese más sesudo que en Praga y atendiese á conservar, además del trono, que hasta entonces no se había puesto en cuestión, una Francia todavía muy hermosa, la del tratado de Luneville. Hallándose á la sazón reunidos en Francfort los soberanos y sus ministros, una casualidad les proporcionó la ocasión de comunicar á Napoleón su verdadero pensamiento, pensamiento sincero entonces, porque todavía no habían pasado el Rhin.

La Francia había tenido en Wéimar un ministro, Mr. de Saint-Aignán, que á un entendimiento muy claro unía un carácter dulce y conciliador, y que tenía la ventaja, muy apreciada en aquella época, de ser cuñado de Mr. de Caulaincourt. Sabido era en efecto de toda Europa que Mr. de Caulaincourt, en la corte sobrado sumisa de Napoleón, tenía la sensatez de sostener el partido de la paz, y unido este mérito á su alta posición, le constituía á los ojos de los extranjeros en el más respetable servidor del imperio. En virtud de una interpretación asaz brutal del derecho de la guerra, su cuñado Mr. de Saint-Aignán había sido considerado como prisionero cuando los aliados entraron en Wéimar: enviado primeramente á Tœplitz, fué luego llamado á Francfort, donde se procuró á fuerza de atenciones indemnizarle de la momentánea molestia sufrida, y se le propuso encargarse de una misión en París, consistente en sugerir á Napoleón la idea de un congreso, el cual se reuniría inmediatamente en la frontera, y trataría de la paz sobre la doble base de los límites naturales para la Francia y de una completa independencia para todas las naciones.

Mr. de Metternich fué el primero que llamó aparte á Mr. de Saint Aignán para ofrecerle esta especie de misión, asegurándole que la Europa deseaba la paz, pero que la quería honrosa y aceptable para todos; que sabía que la Francia, al cabo de veinte años de victorias, había adquirido el derecho de ser respetada y que lo sería; que no se trataba de restablecer por completo el antiguo estado de cosas, y que en particular el Austria no aspiraba á recobrar todo lo que antiguamente había poseído, bastándole volver á una situación decorosa y segura; que tal era el término de las pretensiones de todos los príncipes aliados; que en prueba de aquella alta prudencia de su parte, él, Mr. de Metternich, estaba encargado de proponer á la Francia sus fronteras naturales, es decir, el Rhin, los Alpes, los Pirineos, pero nada más allá; que ya era tiempo para todos de pensar en la paz, para la Europa sin duda ninguna, pero para la Francia igualmente y para Napoleón en particular más que para ninguna de las partes beligerantes; que había provocado contra sí una espantosa tempestad;

que la extraordinaria irritación excitada contra su persona aumentaba por días é inspiraba á los combatientes un furor guerrero difícil de contener; que si lo consideraba bien, vería que los sentimientos que agitaban á la Europa habían cundido á la Francia misma, y que podría suceder que pronto se encontrase tan aislado en su propio país como en el resto del mundo; que era llegado, pues, el momento de tratar de una manera honrosa, y que pasado aquel momento la guerra sería encarnizada, implacable y se llevaría hasta la entera destrucción de unos ó de otros; que en la coalición no habría divisiones, que se harían á la unión todos los sacrificios necesarios; que la paz que se ofrecía se ofrecía de buena fe y general, por tierra y por mar; que la Rusia, la Prusia, el Austria misma lo deseaban, sobre lo cual era preciso deponer toda desconfianza, porque el deseo de atajar la efusión de sangre era universal; pero que era indispensable no incurrir segunda vez en el lamentable error cometido en Praga, donde por no creer al Austria y no resolverse á tiempo, se había malogrado por algunas horas la ocasión de terminar la guerra con condiciones que ya no se obtendrían. En prueba de lo que manifestaba, Mr. de Metternich fué introduciendo sucesivamente á Mr. de Nesselrode y á lord Aberdeen, que repitieron en términos más lacónicos pero igualmente formales todo lo que él había dicho. Lord Aberdeen aseguró en nombre de su propio gabinete que no se quería rebajar ni humillar á la Francia, que no se pensaba en disputarle sus fronteras naturales, porque se sabía que hay cosas sobre las cuales no conviene discutir; pero repitió que más allá de aquellos límites era punto resuelto no conceder á la Francia ni territorio ni autoridad positiva, ni siquiera influencia, salvo, sin embargo, la que los grandes Estados ejercen unos sobre otros cuando saben servirse de las ventajas de su posición sin abusar de ellas.

Por lo que hace á la sinceridad de aquel lenguaje, Mr. de Saint-Aignán, por todo lo que vió y oyó no concibió sobre ello la menor sospecha, y así respondió que, cogido de improviso y no teniendo misión ninguna, podía escucharlo todo sin faltar á instrucciones que no tenía, y que repetiría fielmente lo que se le decía; pero que acaso sería preferible, para mayor exactitud, darle por escrito el resumen de las condiciones propuestas. No viendo en ello inconveniente alguno Mr. de Metternich, le entregó una nota muy concisa, pero muy clara, que contenía las siguientes enunciaciones:

«La Europa no se dividiría en ningún evento y seguiría unida hasta la paz, que debía ser general, marítima y continental al mismo tiempo, y fundada en el principio de la independencia de todas las naciones en sus límites naturales ó históricos. La Francia conservaría el Rhin, los Alpes, los Pirineos, pero debía encerrarse en estas fronteras; la Holanda sería independiente y sus fronteras por el lado de Francia se determinarían más adelante; la Italia sería del mismo modo independiente y se podrían discutir los límites que en ella tendría el Austria por la parte del Friul, como la Francia por la parte del Piamonte. La España recobraría su dinastía, lo cual era una condición *sine qua non*. La Inglaterra haría también restituciones al otro lado de los mares, y cada nación gozaría de la libertad del comercio tal cual se estipulase por el derecho de gentes, etc.»

Sólo sobre este último punto promovió lord Aberdeen algunas dificultades de redacción, pero se dejó á Mr. de Metternich, que llevaba la pluma, el cuidado de discurrir los términos vagos que acabamos de apuntar, y se dirigió inmediatamente á Mr. de Saint-Aignán sobre Maguncia, llevando las palabras más afectuosas para Mr. de Caulaincourt, á quien se hizo decir que se le tenía por tan honrado y justo que todos estaban dispuestos á aceptarle por árbitro de las condiciones de la paz, si Napoleón quería confiarle plenos poderes para ajustarla.

Mr. de Saint-Aignán llegó el 11 de noviembre á Maguncia y el 14 á París, é inmediatamente entregó su mensaje á Mr. de Basano, que lo transmitió sin demora á Napoleón. Fuerza es reconocer que aquel ministro estaba muy cambiado: de su peligrosa infatuación sólo había conservado las exterioridades; su modo de ver las cosas, hasta su carácter mismo habían cedido bajo el peso de los sucesos; por manera que tuvo la sensatez de apoyar cerca de Napoleón las proposiciones de Francfort. ¡Ciertamente eran muy buenas, muy aceptables todavía! porque, en efecto, ¿qué podíamos desear más allá de los Alpes y del Rhin? ¿qué habíamos ganado con pasar aquellas fronteras tan poderosas y tan claramente trazadas? Nada más que el odio de los pueblos, la efusión continua de su sangre y de la nuestra, varios troncos de familia difíciles de sostener, casi todos derribados en aquel momento ó vueltos contra nosotros, porque á una influencia legítima sobre pueblos vecinos habíamos querido dar la forma humillante de monarquías extranjeras; y si en fin, por orgullo ó afecto fraternal, exigíamos absolutamente algo al otro lado del Rhin ó de los Alpes, ¿no quedaba en los términos empleados para fijar los límites de la Holanda y de la Italia el medio de obtener suficientes indemnizaciones de familia?

No había, pues, ni una sola razón para rehusar las proposiciones indirectas, pero positivas, de Francfort, y por más que su orgullo sufriese cruelmente, Napoleón no pensó ni un momento en rehusarlas; pero en aquel momento recogía el triste fruto de sus faltas, por cuanto no podía mostrarse conciliador sin debilitarse. No aceptar inmediatamente las proposiciones de Francfort era dejar á la coalición el medio de desdecirse cuando acabase por conocer el desamparo de la Francia, la dispersión de sus recursos desde Cádiz hasta Dantzick, su abatimiento moral, su desafición al emperador, y sobre todo cuando el pueblo inglés, exaltándose con la noticia de los últimos triunfos de la coalición, quisiese sacar de ellos las últimas consecuencias. Este peligro había, y era, en efecto, el más grave, pero había otro también, y era el de confesar lo que se temía que llegase á adivinar pronto la coalición dejando descubrir con una condescendencia excesiva la impotencia á que estaba reducida la Francia. En un carácter menos entero que el de Napoleón, la condescendencia hubiera podido pasar por espíritu de conciliación; pero en él, ceder al instante sobre todos los puntos, para ligar sobre todos los puntos á las potencias aliadas, era confesar que se había llegado á un trance desesperado, por manera que al lado del peligro de resistir había el de ceder, efecto harto ordinario de las conductas desacertadas que nos arrastran á situaciones en que todo es

peligro y en que hay casi tanto inconveniente en avanzar como en retroceder.

Mas como el mayor peligro era mostrarse intratable dando así á los que nos hacían de mala gana las concesiones de Francfort el derecho de recogerlas, valía más consentir en todo inmediatamente, á riesgo de dejar escapar un secreto que á la verdad no se podía ya ocultar mucho tiempo. Napoleón quiso con la prontitud de la respuesta demostrar cierta prisa por negociar, y no tomándose más que el día 15 para pensarlo, hizo responder el 16; pero la forma de la respuesta no era feliz. Ninguna explicación sobre las bases propuestas, y por consiguiente ninguna aceptación de aquellas bases; designación de Manheim para punto de reunión del futuro congreso, punto cuya proximidad indicaba la resolución de entrar en materia sin demora; en fin, frase irónica y aun amarga contra la Inglaterra á propósito de la independencia de las naciones, que, según se decía, pedía la Francia por tierra como por mar, tal era en substancia la nota despachada, nota que seguramente no se hizo esperar, porque se envió inmediatamente al mariscal Marmont que mandaba en Maguncia, con orden de hacerla llegar en seguida á Francfort. El silencio que se guardaba acerca de las condiciones tenía, sin duda, por objeto ahuyentar la idea de un excesivo abatimiento por nuestra parte, porque indicaba que no estábamos dispuestos á aceptarlo todo; pero tendía á desanimar á la coalición si obraba con sinceridad y, en caso contrario, á dejarle expedito el camino para desdecirse.

A su llegada á París Napoleón había encontrado al público en un estado de profunda tristeza, casi de desesperación, y particularmente de suma irritación contra él. Su policía, por más activa, por más arbitraria que fuese, apenas podía contener la manifestación del sentimiento general. Por más que nadie, ni aun en el seno del gobierno, conociese el secreto de las negociaciones de Praga, por más que Napoleón hubiese dejado creer á sus ministros y al mismo archicanciller Cambaceres que las potencias habían querido humillarle hasta el punto de intentar arrebatarle á Venecia, lo cual no era cierto, el público estaba convencido de que, si las negociaciones habían fracasado, la culpa era suya; no le perdonaban, pues, que hubiese perdido la ocasión tan feliz de las victorias de Lutzen y de Bautzen para ajustar la paz, y su ambición se reputaba extravagante, cruel para la humanidad y fatal para Francia. Después de los desastres de 1813, añadidos á los de 1812, nadie creía al país capaz de resistir á la formidable coalición que en el Rhin, el Adige y los Pirineos amenazaba á la Francia con un millón de soldados. Los escritores oprimidos ó asalariados, que eran los únicos que tenían la facultad de componer gacetas y á quienes nadie creía ni aun cuando decían la verdad, habían recibido instrucciones del duque de Rovigo sobre el modo de presentar las desgracias de aquella campaña: los fríos habían servido para explicar los desastres de 1812, la defección de los aliados iba á servir para explicar los de 1813. Además de esta explicación, buscábase otra en la imprevista explosión del puente de Leipsick: á no ser por el crimen de los sajones y de los bávaros, decían, á no ser por el error del oficial que había volado el puente de Leipsick, Napoleón, vencedor de la coalición,

hubiera vuelto sobre el Rhin trayendo á la Francia una paz gloriosa: así no había términos de execración que no se prodigasen á los bávaros y sobre todo á los sajones. Anunciábase además con una insistencia cruel y poco merecida que el coronel de Montfort, muy inocente, por más que dijese, de la catástrofe del puente de Leipsick, iba á ser por ella entregado á una comisión militar.

Nadie daba crédito á tales asertos, y á la manera de los embusteros que cuando conocen que no se les cree levantan más la voz, los escritores asalariados repetían con mayor encarnizamiento el tema convenido, sin obtener más crédito. «Quiere sacrificar nuestros hijos á su loca ambición,» era el grito de las familias desde París hasta el fondo de las provincias más distantes: no se negaba el genio de Napoleón, pero lo que era peor, no se tomaba en cuenta más que para pensar en su pasión por las guerras y las conquistas. El horror que en otro tiempo había inspirado la guillotina lo inspiraba hoy la guerra: no se hablaba de otra cosa más que de los campos de batalla de España y de Alemania, de los millares de moribundos, de heridos, de enfermos expirando abandonados en los llanos de Vitoria y de Leipsick. Representábase á Napoleón como una especie de demonio de la guerra, ansioso de sangre, complaciéndose únicamente en medio de las ruinas y de los cadáveres. La Francia, disgustada de la libertad por diez años de revolución, estaba ahora harta del despotismo por quince años de gobierno militar y de efusión de sangre humana desde un extremo al otro de Europa. Las violencias de los prefectos arrebatando á los hijos del pueblo por medio del alistamiento y á los de las clases altas con la creación de las guardias de honor, atormentando con toda clase de apremios á las familias cuyos mozos no respondían al llamamiento, empleando las columnas móviles contra los prófugos, tratando con frecuencia á las provincias francesas como á provincias conquistadas, convirtiendo en impuestos forzosos supuestos donativos voluntarios, propuestos y consentidos por sus agentes, tomando á la vez frutos, caballos, ganados por vía de requisitorias; una policía suspicaz á caza de cualquiera expresión suelta, encarcelando arbitrariamente á los acusados de haberla proferido, y que siempre se suponía estar presente aun cuando no lo estaba; una profunda miseria en los puertos, resultado del absoluto cerramiento de los mares; en las fronteras terrestres, abiertas antes á nuestra industria, millares de bayonetas extranjeras que no dejaban pasar ni un fardo; en fin, un terror indecible y universal de la invasión, todos estos males proviniendo de una sola voluntad no contradicha, eran una cruel lección que se sobreponía á la que el país había recibido de las desgracias de la revolución y que, sin hacer á la Francia republicana, la inclinaba á desear una monarquía liberalmente constituida. Todos los partidos, por largo tiempo olvidados, empezaban á asomar de nuevo: los revolucionarios se agitaban, pero á la verdad sin resultado. Algunos, en muy corto número, apegándose á Napoleón por miedo á los Borbones á quienes aborrecían, consentían en proclamarle dictador á condición de que recurriese á medidas extraordinarias y llamase al pueblo á un movimiento semejante al de 1792, pero éstos eran verdaderos locos que soñaban con un pasado actualmente imposible. El movimiento de

1792 no había sido más que una explosión de indignación de parte de la Francia injustamente invadida por la Europa, y este mismo sentimiento experimentaba á la sazón la Europa con respecto á nosotros. Los realistas, partidarios de la casa de Borbón reanimados por la esperanza, excitados por los individuos del clero, mucho más numerosos, mucho más audaces en aquel momento que los revolucionarios, empezaban á levantar la voz y hacerse escuchar. La Francia había casi olvidado á los Borbones, de quienes estaba separada por acontecimientos inmensos que ocupaban en los ánimos el lugar de muchos siglos, y tenía además su modo de pensar, su escuela, sus sentimientos; pero aterrada en vista de los desastres del imperio, persistiendo en rechazar la república, comprendía que los Borbones, contenidos por las leyes sabias, podrían ofrecer un medio de evitar el despotismo como la anarquía. Por lo demás, sólo las personas más ilustradas llevaban sus miras tan adelante. La muchedumbre dejaba que se hablase de los Borbones por no oír hablar de la guerra que devoraba á la juventud, agravaba las contribuciones é imposibilitaba todo comercio.

Cuando un gobierno empieza á estar en peligro, puede verse la señal segura de ello en la disposición de ánimo de sus empleados.

En 1813 y 1814 los empleados del imperio estaban tristes, desanimados, abatidos, y aunque algunos afectaban un celo violento, los más sin decirlo detestaban á Napoleón tanto como sus mayores enemigos, porque conocían que comprometiéndose á sí propio los había comprometido á todos. El peligro había dado alguna independencia á los funcionarios de orden elevado; ya á fines de 1812 habían dicho á Napoleón, y con más motivo se lo repetían á fines de 1813, que sin la paz todos eran perdidos, lo mismo ellos que él. Los militares de la más alta graduación, á quienes había colmado de bienes, pero sin dejarles disfrutarlos, se callaban, manifestando un sombrío descontento, ó decían duramente que ya no quedaba ningún recurso para sostener la guerra. Los dos hombres más sesudos, el uno del ejército, y el otro del gobierno, Berthier y Cambaceres, no ocultaban su consternación. Berthier estaba enfermo; Cambaceres se había dado á una devoción que, muy ajena de todas sus disposiciones anteriores, era el resultado visible de su profundo desaliento. Callado con Napoleón como se suele callar con los incorregibles, había solicitado retirarse para acabar su vida en el reposo y la piedad. Otros personajes menos resignados habían manifestado más abiertamente su disgusto. Asegurábase que Ney había soltado palabras violentas; Marmont se había aprovechado de una antigua intimidad para aventurar algunos consejos; Macdonald, con una mezcla de astucia y de sencillez algo áspera, había dicho su parecer; Mr. de Caulaincourt había reiterado la expresión del suyo con su acostumbrado denuedo y una especie de respetuosa altivez: todos tenían en la boca la palabra *paz*. En fin, la emperatriz, sin dar una opinión, pues no sabía quién tenía razón y quién no, se había limitado á llorar temblando por sí misma, por su hijo y aun por el mismo Napoleón, á quien amaba entonces como una joven ama al único hombre á quien ha conocido.

Aquella idea de la paz que le perseguía como una

amarga reconvencción, importunaba á Napoleón, tanto más cuanto después de no haberla querido cuando dependía de él obtenerla, conocía que á la sazón, aún queriéndola, no la obtendría, y que aquella paz largo tiempo rechazada huiría de él cuando él corriese en pos de ella: ¡singular y fatal venganza de las cosas de este mundo! La Europa ciertamente acababa de ofrecerle de buena fe reanudar las negociaciones, pero era lícito dudar de aquella buena fe cuando no se estaba en el secreto de sus consejos, y era probable además que no persistiría en tal ofrecimiento apenas conociese nuestra debilidad, que no podía ocultársele por mucho tiempo. Napoleón no creía, pues, sino muy poco en la posibilidad de una paz aceptable; no la esperaba sino de una última lucha, encarnizada, sostenida ó en la frontera ó dentro de ella, y dirigía á todos sus censores ocultos ó declarados las respuestas siguientes: «Es fácil, les decía, hablar de la paz, pero no es tan fácil ajustarla. La Europa parece ofrecernosla, pero no la desea francamente: ha concebido la esperanza de destruirnos y una vez concebida esa esperanza, no renunciará á ella hasta que le hagamos conocer la imposibilidad de conseguirlo. Creéis que la desarmaremos humillándonos delante de ella; os engañáis: cuanto más conciliadores seáis, más exigente será ella, y de exigencia en exigencia os conducirá á unos términos de paz que no podréis admitir. Os ofrece la línea del Rhin y de los Alpes, y hasta una porción cualquiera del Piamonte, que son sin duda excelentes condiciones; pero si parecéis dispuestos á ceder á ellas, pronto os propondrá vuestras fronteras de 1790. Ahora bien; ¿puedo yo aceptarlas, yo que he recibido de la república las fronteras naturales? Acaso ha habido un momento en que hubiera convenido mostrarnos más moderados, pero en el punto á que han llegado las cosas, una condescendencia demasiado manifiesta por parte nuestra sería una confesión de nuestros apuros que nos alejaría de la paz en vez de acercarnos á ella. Es preciso pelear una vez más, pelear como desesperados, y si somos vencidos, entonces sí que deberemos apresurarnos á ajustar la paz, y no dudéis de que me prestaré á ella con toda el alma.»

Desgraciadamente lo que Napoleón decía iba siendo por minutos cada vez más exacto, porque la Europa, concedora en breve de nuestra debilidad, no se prestaría pronto á ninguna concesión, y para tener la paz sería preciso arrancarla. Pero después de haber creído á Napoleón demasiado fácilmente cuando no decía la verdad, no se le daba crédito cuando lo que decía era demasiado cierto. En el lenguaje que acabamos de referir no se veía más que su carácter intratable, su ciega afición á la guerra (afición que había tenido y ya no tenía), y muchas gentes á quienes importaba poco que la paz fuese aceptable ó no, que la Francia conservase ó no sus fronteras naturales con tal de que la conservación del trono imperial les conservase sus empleos, decían que *aquel hombre* (así llamaban á Napoleón), *que aquel hombre* estaba loco, que se perdía y que iba á perderlos á todos con él. ¡De esta suerte, la verdad, que no se ha querido escuchar cuando era tiempo de oirla útilmente, hay que oirla más tarde bajo las formas más dolorosas, no sólo en el clamor de los pueblos, sino en la aflicción de los amigos sinceros, en el triste silencio de los amigos interesados, y muchas veces hasta en la insolencia

de los más viles cortesanos, en quienes la desesperación de una fortuna perdida destruye el respeto!»

Toda opinión desoída, y que por ello se hace implacable, necesita una víctima justa ó injustamente elegida. Una había entonces que todo el poder de Napoleón no podía negar, no diremos al público, condenado al silencio, sino á su propia corte, furiosa con los peligros de la situación, y aquella víctima era Mr. de Basano. Sabíase, sin pormenores, que en Praga la Francia hubiera podido obtener una paz gloriosa y que el emperador la había rehusado; sabíase que en aquellos mismos momentos el emperador acababa de recibir una proposición muy buena, y un murmullo de antesala decía que no había respondido á ella favorablemente, errores funestos que se atribuían á Mr. de Basano, cuya imprevisión y orgullo, decían, eran la causa de todos nuestros males; añádase que él era quien, en vez de ilustrar á Napoleón, ponía todo su conato en obsecarle, como si alguien hubiera podido ser responsable de las resoluciones de aquel carácter indómito. Sin duda Mr. de Basano había sido un ministro complaciente, pero más complaciente que peligroso, porque es dudoso que aun uniéndose á Mr. de Caulaincourt hubiera podido hacer prevalecer en Praga una determinación saludable; sin embargo hubiera debido procurararlo, y ya que no hubiese salvado á la Francia, habría salvado á lo menos su responsabilidad. En aquel momento se le acusaba con la acostumbrada injusticia de la pasión; y Mr. de Caulaincourt, que le guardaba rencor porque no le había sostenido en Praga, y Mr. de Talleyrand, que siempre le estaba haciendo burla, aseguraban que ante todo, para obtener la paz, era preciso persuadir al mundo de que se deseaba, y que el modo menos humillante de probarlo era exonerar á Mr. de Basano.

Resignóse, pues, Napoleón á aquel sacrificio, primera pero inútil expiación de sus faltas. Bien sabía que Mr. de Basano no era el verdadero culpable y que en la persona de aquel ministro á quien querían herir era á él; y aunque no costase menos á la justicia que á su orgullo, consintió en separarle del ministerio de Negocios extranjeros, tan urgente era el peligro y tanto conocía que era preciso, dentro como fuera del país, dar satisfacciones á la opinión irritada. De esta suerte bajo los gobiernos despóticos lo mismo que bajo los gobiernos libres, los instrumentos de las faltas son castigados, solamente que lo son de una manera más dura para el orgullo del amo, que se ve reducido á condenarse á sí propio al herirlos, confesión penosa y casi siempre estéril, porque el sacrificio llega cuando el daño es ya irreparable.

Los dos autores de la caída de Mr. de Basano, MM. de Talleyrand y de Caulaincourt, eran los únicos capaces de reemplazarle. Napoleón pensó ante todo en el primero, que tenía en Europa más autoridad, aunque inspiraba menos aprecio que el segundo. Mr. de Talleyrand, con su rara sagacidad política, veía llegar el fin del imperio, pero no estaba bastante seguro de él para rehusar la dirección de los Negocios extranjeros á la cual debía su grandeza; pero desconfiando del despotismo de Napoleón tanto como Napoleón desconfiaba de su lealtad, tenía verdadero empeño en continuar siendo gran dignatario; y era el caso que, en este punto, Napoleón tenía un sistema, que era el de no reunir nunca en el mis-

mo individuo el poder ministerial y la calidad de gran dignatario. En su imperio, tal cual él lo había discurrido, los grandes dignatarios, emanación de la autoridad soberana velando desde alto sobre uno de los ramos de la administración, tenían algo de la inviolabilidad del monarca como tenían algo de su carácter augusto. Ahora bien, no quería que sus ministros fuesen inviolables, y Mr. de Talleyrand menos que nadie; pero Mr. de Talleyrand quería serlo bajo semejante amo, á lo menos en lo posible. Por este motivo tan mezquino no hubo medio de entenderse, y Mr. de Caulaincourt fué ministro de los Negocios extranjeros: no podía hallarse otro más estimable, más estimado, ni mejor recibido en Europa.

Aprovechó el emperador aquella ocasión para hacer algunos otros cambios en el ministerio, unos resultantes del que acababa de verificarse, otros proyectados hacia ya algún tiempo. Al quitar á Mr. de Basano la dirección de los Negocios extranjeros, no quiso Napoleón dejar sin empleo á aquel leal servidor, y le devolvió el cargo de secretario de Estado, que le colocaba en la más íntima confianza del monarca, y le volvía al punto de partida de su ambición; pero era preciso ceder á la opinión, más fuerte ya en aquel momento que el mismo Napoleón. Mr. Darú ocupaba entonces la secretaría de Estado; menos motivos había aún para dejar sin colocación á un personaje cuyo sacrificio nadie deseaba ni exigía. Mr. Darú, administrador íntegro, firme, infatigable, siempre al lado de Napoleón en sus más arduas campañas, que había compartido todos sus peligros, pasaba por haber dado en muchas ocasiones útiles consejos, y nadie hubiera visto en su separación una ventaja para la marcha de los negocios. Napoleón, que lo creía así, le confió uno de los dos ministerios de la Guerra: el general Klarke, duque de Feltré, tenía la administración del personal, y Mr. de Cessac la del material.

Este último había prestado ya largos servicios, y podía prestarlos aún; pero Napoleón, precisado á hacer vacantes, le concedió un descanso anticipado añadiendo á ello las más señaladas y merecidas muestras de distinción: Mr. Darú sucedió á Mr. de Cessac. En fin, el gran juez Regnier, duque de Massa, magistrado laborioso é íntegro, pero muy anciano, no podía ya soportar las fatigas de una grande administración. Napoleón, aunque le estimaba mucho, le había ya alejado temporalmente á resultas de una larga enfermedad, y eligió aquella ocasión para reemplazarle definitivamente con el conde Molé, cuyo ingenio le gustaba no menos que su apellido y sus ideas. No queriendo Napoleón que aquel reemplazo pareciese un *desaire* hecho al duque de Massa, resolvió confiarle la presidencia del cuerpo legislativo, del cual no era individuo el duque, por lo que no tenía probabilidad alguna de verse en la lista de los candidatos á la presidencia que aquel cuerpo tenía derecho de presentarle; pero aquel gobierno no se paraba en tales dificultades: decidióse que se haría un cambio en la constitución por medio de un senadoconsulto, y que el cuerpo legislativo dejaría de contribuir al nombramiento de su presidente proponiendo candidatos. Mal momento era aquel para disgustar á un cuerpo que, siguiendo un ejemplo entonces muy común, parecía adquirir ánimo á medida que Napoleón iba perdiendo fuerzas; sin embargo, se llevó adelante el pensa-